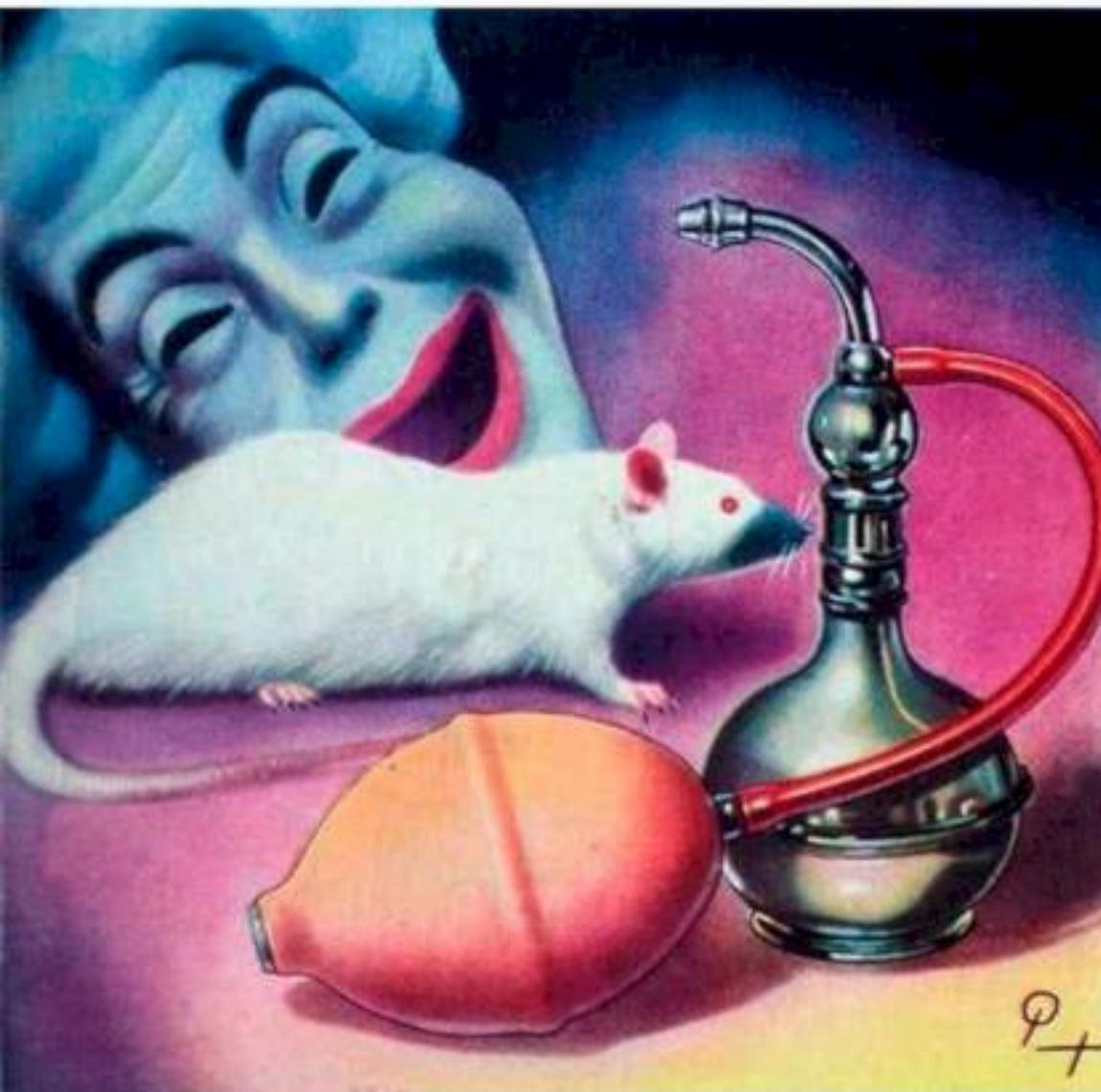


# EL CASO DEL RATON PERFUMADO

22

THEODORA DU BOIS



COLECCION

*Rastros*

Anne y Jeffrey McNei. Él, cirujano; ella, la esposa. La bella Jacqueline Granville, filantrópica propietaria de Ivory Tower, tenía una extraña variedad de invitados, todos inadaptados, a quien ella estaba tratando de rehabilitar. Cuando uno tras otro de sus invitados es mordido por ratas, en algún caso con resultado mortal, Jacqueline llamó a Ann y Jeffrey McNeill, una hábil pareja de detectives, para atrapar al asesino que utiliza ratas como un arma secreta. Katrinka Poole, de trece años, con sus problemas de la adolescencia y sus caprichos mentales, no pone las cosas fáciles. Cuando se descubre al ratón perfumado muerto, una variedad rara de las cosas posibles en una casa medio desierta, esto parece una posible pista.

# EL CASO DEL RATÓN PERFUMADO

Theodora Du Bois

## CAPÍTULO I

Al trasponer los portones de entrada comenzamos a ascender la colina, observando a través del parabrisas los vagos contornos de un edificio bajo y extenso que se delineaba en la oscuridad. Cerca de la mansión se alzaban tres olmos azotados por el viento y la lluvia. Esta era «La Torre de Marfil», un nombre que nunca hubiera dado yo a una casa de mi propiedad, pues da la sensación de que los que la habitan han corrido a refugiarse allí alejándose de las realidades de una vida demasiado dura para enfrentarla.

No conocía a la señora Granville, dueña de la propiedad, aunque la había visto una vez en otra oportunidad. Cerca de la Escuela Médica, en la que trabaja mi esposo, Jeffrey, había visto una camioneta con una curiosa inscripción sobre la portezuela: «La Torre de Marfil, Jefferson, Connecticut». Era ese un título fácil de recordar. La camioneta estaba atestada de pasajeros, y la dirigía una mujer de unos treinta años de edad. A pesar de haberla visto por un solo instante, me pareció que era una de las mujeres más hermosas e interesantes que había visto nunca.

La semana pasada, después que Jeffrey y yo recibiéramos la carta con ese membrete y decidiéramos responder al pedido de ayuda que contenía, hice algunas preguntas a una amiga que pasó algunos veranos en Jefferson, Connecticut.

Esta me había contestado:

—¿«La Torre de Marfil» de Jacqueline Granville? Bien, es una especie de leyenda en aquellos lugares. El personal

de servicio no se roza con la gente de la aldea. Pero si tú y Jeffrey se dirigen allá para efectuar alguna investigación, se sentirán atraídos por el encanto de Jacqueline. La gente de la casa la adora.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Nada, querida —me respondió mi amiga—. Nada raro. Simplemente quiero decir que Jacqueline ha reunido en su casa la variedad más extraña de gente que se ha visto nunca, sacando a cada uno de ellos de algún infierno especial y tomándolo bajo su protección, con la intención de rehabilitarlo. Esa es su misión en la vida y es ella una de esas mujeres que desparraman el bien a manos llenas. De modo que envuelve a sus amigos en algodón y echa el cerrojo a la puerta para que el mundo no entre en su casa.

Recordando esto ahora, comenté:

—Jeffrey, me temo que una casa como esta nos presentará algo especialmente emotivo en forma de problemas de investigación.

Mi esposo guiaba el vehículo por un camino cubierto de grava, y al tomar la curva hacia la puerta de entrada, relucieron las cercas a la luz de los faros. Luego relucieron nuevamente. Detrás nuestro, otro coche ascendía la colina.

—Un problema de quinientos dólares a la semana tiene que ser muy interesante —comentó Jeffrey al detener el automóvil.

Cuando descendíamos, se acercó un taxi y Jeffrey gritó:

—Muy bien, me adelantaré un poco —pero el conductor respondió que podía pasar al lado de nuestro auto.

Se abrió la puerta de entrada y vimos una escena de despedida. Un hombre que parecía extranjero estaba despidiéndose de la mujer a quien había visto yo en la camioneta tres meses antes. La besó en ambas mejillas.

—Cuídese, Jacqueline —decía con acentuada pronunciación itálica—. Cierre las puertas de noche y tape todos los agujeros de la pared con trapos. Pero si yo estuviera en

su lugar, me iría de aquí, despidiéndome para siempre de «La Torre de Marfil». —Recogió sus maletas y se volvió.

La mujer dijo sonriendo:

—Eso sería lo contrario de lo que sucede siempre: el abandonar el barco para las ratas, ¿no es verdad? Adiós, Julio, vuelva cuando quiera.

El hombre nos saludó con una ligera inclinación de cabeza y ascendió al taxi.

—Ustedes deben ser los Mc Neill —dijo ella cuando nos acercamos—. Les agradezco muchísimo su visita. Yo soy la señora Granville.

Nos hizo entrar en la casa, y se nos acercó el perro meneando la cola. Supongo que no fuimos a nuestras habitaciones de inmediato debido a que había bebidas sobre la mesa y en el hogar ardía un agradable fuego. Nos quitamos los abrigos en el *hall* y entramos en un *living-room* que estaba a la mano derecha. Era una habitación amueblada con gusto y elegancia. Uno notaba que la señora Granville amaba y respetaba la tradición.

Nos sentamos frente al fuego y nos pareció como si la tormenta estuviera tratando de llegar a nosotros a través de las ventanas. Noté desconcertada el gemido del viento y el sonido de la lluvia que golpeaba en el techo, y me asaltó la sensación de que había muy pocas personas en ese edificio; de que había muchas habitaciones vacías y largos corredores que se alejaban hacia la oscuridad. Ni aun el *whisky* que nos sirvió la dueña de casa logró devolvernos la alegría.

—Pero señora Granville —decía Jeffrey—, me parece que usted necesita los servicios de un exterminador. La señora Mc Neill y yo no somos cazadores de ratas.

Me alegré de que su voz pareciera más bien divertida que molesta, como lo hubiera estado si la señora no hubiera sido una mujer tan atractiva.

Quizá la luz del fuego le prestaba más belleza de la que en realidad poseía. Cuando nos hizo entrar en la casa, se

me había ocurrido que era demasiado pálida y que sus ojos tenían una expresión de infinita fatiga. Ahora, al verla sentada en el sillón, tejiendo una tricota azul, me di cuenta de por qué sus amigos se sentían atraídos por su encanto. Me di cuenta que Jeffrey también se sentía atraído hacia ella; que le gustaban sus manos, sus modales y su voz. Su voz era agradable, sincera y amistosa.

—Doctor Mc Neill —dijo—, después que le envié esa carta, me sentí muy contrariada, pues se me ocurrió que los estaba molestando respecto a un asunto muy trivial. Me parece que debo disculparme por haberles contado mis dificultades ya que no les expliqué detenidamente cuando les escribí.

Nos dirigió una mirada de disculpa.

—¿Quiere usted decirnos cuál es su problema? —preguntó Jeffrey—. ¿Dice usted que varios de sus huéspedes han sido mordidos?

—Siete, desde el mes de julio. Cuatro de ellos se retiraron, y no les culpo por ello.

—¿Pero por qué no prueba usted simplemente una de esas compañías exterminadoras de ratas? —inquirió Jeffrey.

—Ya lo he hecho, y aunque han cazado a un número considerable de ratones y a dos ratas albinas, estos ataques continúan produciéndose.

—¿Albinas? —preguntó Jeffrey.

—Sí.

—¿Y las personas que fueron atacadas vieron a las ratas en el momento en que eran mordidas?

—No, siempre sucedió de noche, cuando estaban durmiendo, y aunque hemos tratado de tapar todos los agujeros de las paredes, es este un edificio muy viejo y hay espacios libres en todas partes entre el piso y los cimientos de las habitaciones. Supongo que los animalitos se escapan con facilidad.

Jeffrey fruncía el ceño.

—¿Y cómo explica usted el hecho de que existieran dos ratas albinas? —preguntó.

—Creo que esta es la explicación —replicó ella y nos relató lo siguiente:

«La Torre de Marfil» era antiguamente una escuela para niñas dirigida por su propietaria, una tía de la señora de Granville, señorita Deans. La señora de Granville asistió a esa escuela cuando era una niña, y la señorita Gelb, su actual ama de llaves, había estado internada en esa escuela en la misma época. Cuatro años antes murió la señorita Deans y dejó su propiedad a la señora Granville, quien estaba entonces en la Indochina Francesa con su esposo, Pierre Granville.

—Era esta una de las mejores escuelas de Nueva Inglaterra —decía la señora Granville—. Siempre me ha gustado esta casa y la campiña que la rodea más que cualquier otro lugar del mundo. Mi tía era una directora muy hábil y muy buena. Una de las reglas más agradables de la escuela era que las alumnas podían tener animalitos falderos. Algunas de las niñas tenían gatitos, conejos y conejillos de India, y estoy segura que había varias familias de ratas blancas. Presumo que algunas se escaparon y que estas son sus descendientes.

—Es posible —admitió Jeffrey.

—Por supuesto conozco a usted y a su señora muy bien por su reputación —nos dijo la señora Granville con una sonrisa—, y su antigua amiga la señorita Natalie Boyne, que fue también gran amiga de su tía, me indicó que les pidiera a ustedes ayuda con respecto a estos continuos ataques inexplicables.

—No me parece muy probable su teoría respecto a las albinas —dijo Jeffrey.

Estaba él sentado en un sillón, muy formalmente, con la mirada viva y alerta. Observándole, me sentí muy orgullosa de mi esposo. Siempre me ha gustado su agudeza y su distinción, y su aspecto latino. Quizá sea él un poco imponen-

te, aunque supongo que eso es necesario para llegar a la altura a que ha llegado por su actuación como médico y experimentador, además de sus éxitos como investigador y criminólogo. Por desgracia, esa habilidad y contracción al trabajo le produce actualmente una inquietud irrefrenable, debido a su anhelo por servir en los mares del sur con la armada de guerra, pero el gobierno, que aprecia sus servicios en el país, no le permite alejarse.

—¿Está usted segura que se trata de mordeduras de ratas, señora Granville? —pregunté yo—. ¿No podría ser que una comadreja haya hecho su nido entre las paredes? Uno nunca sabe lo que puede estar escondido en estas viejas casas de campo.

—Supongo que es posible que haya sido una comadreja —admitió la señora Granville.

—¿O un perro?

Al decir esto miré al perro que descansaba sobre la alfombra frente al fuego. Él se volvió, mirándome con expresión de reproche.

—Pero Jonathan —respondió la señora Granville— nunca pensaría en morder a nadie. Es un perro muy bueno; y, además, ¿cómo podría entrar en las habitaciones de sus huéspedes, cuando estos las cerraban con llave ahora? —Tomó dos papeles plegados de su bolso de costura y los sostuvo en la mano mientras continuaba explicando.

—Estos ataques llevados a cabo por ratas, o quizá por una comadreja, como lo sugiere usted, son muy serios porque, en primer lugar son peligrosos, y, en segundo lugar, si continúan, todos mis amigos me abandonarán y tendré que cerrar mi casa, pues no hay motivo para que viva sola aquí.

—¿No tiene usted familia, señora Granville? —preguntó Jeffrey.

—Mi familia consiste en dos mucamas, un jardinero, cuatro amigos, una enfermera, y una prima segunda llamada Katrinka Poole, que tiene trece años y es la causa principal de que les haya pedido a ustedes ayuda. Mi esposo se

perdió el invierno pasado en un vuelo desde Birmania a España.

—Lo siento mucho —dijo Jeffrey. Yo también ofrecí mis condolencias.

—Muchas gracias. Fue una gran pena.

Pero me llamó la atención. Era una pena que un hombre perdiera su vida, pero se me ocurrió que en ese caso su esposa no lo había sentido mucho.

—Díganos, ¿qué oculta usted, señora Granville? —preguntó Jeffrey de súbito—. ¿Qué otras circunstancias existen que la preocupen respecto a esta situación?

La señora Granville nos ofreció los papeles que había tenido en la mano. Observé el mío. Era un fragmento de papel de notas en el que estaba escrito a máquina lo siguiente:

«Ya sabe usted que no todos los clérigos son ángeles».

—Veamos el tuyo, Anne —me dijo Jeffrey y me ofreció el que tenía él. Decía: «¿Por qué no averigua la verdad respecto al señor Barleigh?».

—¿Las recibió por correo?

—No tengo la menor idea. Hace algunas semanas aparecieron en la chimenea. Guardamos los papeles viejos para encender el fuego, y por casualidad observé estos dos debajo de los troncos. La mucama recordaba haberlos tomado del cajón de los papeles, pero no tiene la menor idea de su origen primitivo. En realidad, ninguno de los ocupantes de la casa sabía nada respecto a ellos. Le pregunté a todos, y me temo que alguno debió haber mentado.

—¿Quién es el señor Barleigh? —pregunté.

—Uno de los amigos míos que viven aquí; un clérigo. Es uno de los hombres más honorables y decentes que he conocido en mi vida.

—¿Le habló usted a él respecto a estas notas? —inquirí yo.

—Se las mostré —me respondió la señora Granville—, y me dijo que posiblemente sería algún tonto que no gusta-

ba de su persona. Me aconsejó que no prestara ninguna atención a esas tonterías.

—¿Tiene usted idea de quién podría ser el autor? —preguntó Jeffrey.

—Bien, mi prima Katrinka parece tener un violento antagonismo contra él, aunque me duela decirlo —respondió la mujer de mala gana.

—¿Qué razón hay para ese antagonismo? —preguntó Jeffrey.

—No lo sé. Katrinka es una niña muy extraña. Tiene una imaginación demasiado vívida y yo estoy muy preocupada por ella. Está muy delgada. El año pasado contrajo una fiebre reumática y todavía debe estar bajo la vigilancia de una enfermera, la señorita Flaherty, quien la cuida y se preocupa de que coma lo suficiente y no se desgaste en demasía. Desgraciadamente, Katrinka fue la primera que sufrió uno de esos ataques que han venido ocurriendo aquí.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó mi esposo.

—El 10 de julio, y estos sucesivos acontecimientos extraños han producido en ella un estado de histerismo.

—Eso es comprensible —comentó Jeffrey—. ¿Qué quiere decir usted, exactamente, al tachar a la niña de extraña?

—Es muy difícil de analizar. Tiene ideas muy extraordinarias y reacciones muy peculiares. Por ejemplo, el señor Barleigh le regaló para su cumpleaños uno de esos hermosos impermeables transparentes, y nunca vi en otra persona una emoción tan irrazonable como la que se apoderó de ella: lágrimas y furias, y finalmente lo hizo pedazos con una tijera.

No muy impresionado, Jeffrey replicó:

—Los adolescentes son a menudo ligeramente psicopáticos. ¿Me imagino que desea usted que descubramos la fuente de estas notas anónimas y tratemos de eliminar el peligro de las ratas?

—Sí, y si en alguna forma la señora Mc Neill pudiera ayudar a Katrinka, les estaría agradecidísima.

—Pero, señora Granville —repliqué yo—, me parece que usted necesita un especialista en pediatría y una compañía exterminadora de ratas para la casa. Mi esposo y yo somos simplemente, investigadores criminalistas.

—Realmente creo, que no es esta nuestra especialidad —agregó Jeffrey.

Francamente, en ese momento no creíamos que el caso fuera lo suficientemente serio como para molestarnos.

La señora Granville permaneció silenciosa observando el fuego. Jeffrey tomó un sorbo de su vaso de *whisky*, y pasaron algunos momentos mientras observábamos a la dueña de casa. Ella levantó la vista, miró a Jeffrey y dijo:

—No estoy tan segura que no sea su especialidad.

Ese comentario nos inquietó bastante.

—¿Se ha asesinado a alguien aquí, señora Granville? —preguntó Jeffrey.

—Alguien ha muerto. Uno de mis amigos fue mordido a mediados de agosto. Poco tiempo después se enfermó de gravedad y fue a casa de su hija, en Syracuse. Hace cuatro días me enteré que había muerto.

—¿Cuál fue el diagnóstico? —inquirió Jeffrey. Había dejado su vaso sobre la mesa y noté en su actitud y en su voz que estaba interesado.

—Creo que fue difícil diagnosticar la causa de la muerte. Finalmente el médico dijo que había muerto de albuminuria.

—No es posible que eso haya sido a causa de una mordedura de rata —comenté yo.

—No, pero no me gusta el asunto. La cicatriz de la mordedura al cerrarse, tenía muy mal aspecto. Además, están sucediendo aquí muchas cosas curiosas, las que me parece que son llevadas a cabo por una persona de malas intenciones. No puedo entender los acontecimientos, y quise que una mente aguda e imparcial vigilara esta casa durante una semana o dos.

Sonó la campanilla del teléfono y la señora Granville se puso en pie dirigiéndose hacia la otra habitación. Jonathan, el perro, la siguió lentamente.

Jeffrey estaba observando los anónimos que tenía en la mano. Le susurró:

—¿Qué te parece todo esto, querido? Creo que hay muchas cosas que no nos ha querido decir. ¿Te parece que el caso vale quinientos dólares a la semana?

—Los vale para nosotros... —me respondió—, y ya comienza a ser interesante.

Necesitábamos el dinero. Nuestra casa había sido destruida por una explosión. Como no teníamos seguro, estábamos en dificultades financieras.

Se escuchaba a la señora Granville que decía, hablando por teléfono:

—Sí, el doctor Mc Neill está aquí. Enseguida le llamo — y Jeffrey se puso en pie cuando entró ella diciendo que le llamaban desde el hospital.

—Hágame el favor de conseguirme el nombre de su amigo que murió en Syracuse —dijo él— y el nombre y la dirección del doctor que le atendió.

Luego le oímos comenzar una de esas conversaciones a las que estoy tan acostumbrada. Consisten en decir: «Sí, sí, sí... ya veo... sí», y luego unas pocas preguntas seguidas por: —Estaré allí tan pronto como pueda—. Pero en este caso no podría llegar muy pronto. Jefferson está a una hora de distancia de nuestra ciudad. ¡Qué pena que tuviera que retirarse ahora! Invariablemente sucedía eso.

Salí al *hall* mientras él se ponía el abrigo y me daba algunos consejos. Debía yo cuidarme y tomar notas de mis observaciones, no debiendo descuidar los pequeños detalles. Él retornaría tan pronto como le fuera posible. Luego entró al *living-room* y se despidió de la señora Granville, diciendo que yo me haría cargo de la investigación y que lo haría mucho mejor que él.

Oí arrancar su auto mientras la señora Granville y yo subíamos las escaleras. Entramos en la habitación que se me destinaba y la dueña de casa me explicó que estaba frente a la suya, recomendándome que cerrara la puerta al mismo tiempo que me entregaba la llave.

Entonces, al entrar en mi habitación, hizo una cosa extraña. Levantó las manos y se las acercó a la cara, oliéndolas con expresión de disgusto.

—Otra vez —dijo— ¡cebollas! Muy a menudo, las llaves y los picaportes parecen haber sido restregados con cebolla. Esa es una de las cosas inexplicables que suceden aquí, y me resulta especialmente desagradable. ¿O quizá es mi imaginación?

Tomé la llave y la olí. Luego salí al *hall* y olí el picaporte. La señora Granville no se había dejado llevar por su imaginación. Había un pronunciado olor a cebolla en la puerta.

—Me parece —dije— que alguien se ocupa en hacer bromas desagradables; quizá sea su prima o uno de los sirvientes.

Volvimos a entrar en mi dormitorio, que era una agradable habitación amueblada a la usanza antigua. El cuarto de baño estaba al lado y entramos en él para lavarnos las manos. El jabón era ordinario.

—No creo posible que haya sido Katrinka —dijo ella—, pues la señorita Flaherty la acompaña constantemente. Y no pueden ser los sirvientes porque, desgraciadamente, los cambio con frecuencia y estos curiosos episodios ocurren desde el principio.

—¿Entonces cree usted que alguna otra persona de la casa es responsable?

—Señora Mc Neill, no sé qué creer. A veces se sorprende uno del humorismo de sus amigos; aun del más decente de sus amigos.

Recordé entonces que había ella clasificado al clérigo, el señor Barleigh, como «decente», y me pregunté si lo creería ella responsable de haber restregado las puertas

con cebolla. Se me ocurrió que la señora Granville debería hablar más libremente con respecto a la situación. Me pareció que no tenía muchos deseos de ayudarnos.

Abrió una de las ventanas fronteras de mi habitación, diciendo que había estado atascada y que la había hecho arreglar. Ahora parecía funcionar a la perfección.

Al abrirse la ventana, penetró el clamor de la tormenta y con él entró también el sonido de campanas distantes, tales como las que existen en muchas de las iglesias de Nueva Inglaterra. Estas estaban dando las últimas notas, y luego dieron la hora: la una de la mañana. Sonaban desde muy lejos y parecían venir desde debajo del agua, como las campanas de las iglesias de ciudades hundidas en el mar.

—¿Son esas las campanas de la iglesia de Jefferson? —pregunté, pues me había parecido que venían desde otra dirección.

—Son las campanas de New Nazareth —me replicó—. Podemos oírlas cuando viene el viento desde el este —y así diciendo, cerró la ventana y me dijo que New Nazareth estaba a diez millas de distancia por el camino pero solo a cinco millas si se cruzaban las colinas. En realidad, parecía estar más remota que Nueva York. Estas aldeas pequeñas de Nueva Inglaterra no mantienen contacto entre sí.

—Conocemos todos los detalles de la vida de nuestro propio pueblo —prosiguió contándome—, pero no sabemos nada respecto a las comunas vecinas; quién vive allí, quién muere, sus celebridades o sus escándalos, nada en absoluto... ¡Oh, señora Mc Neill! Debí haberle traído un vaso de agua. Quizá tenga usted sed.

Pero le respondí que no tenía sed, y permaneció ella un momento en la puerta.

—Ciérrela cuando yo salga —me dijo—, y muchas gracias por haber venido.

Al cabo de quince minutos estaba yo cómodamente reclinada en el enorme lecho, esperando que llegara el sueño.